

De lo ridículo a lo sublime

Boxeo. El 17 de mayo de 1977, un jovencísimo Alfredo Evangelista puso contra las cuerdas al mítico Muhammad Ali en el combate por el título de los pesos pesados que Alcántara narró desde Maryland para 'Marca'. Esta fue la crónica



Increíble pero cierto. Estamos en el asalto número quince y Evangelista, que es como un enardecido guerrero apache, ataca y ataca al dueño y señor del territorio del boxeo. Su izquierda entra arriba y abajo en crochet y en ganchos. Ali se tapa como puede, se refugia en el pentagrama de las cuerdas, pero su música ya es otra. Está exhausto y mira en los clinchs, angustiadamente, el segundero electrónico del Capital Centre. 'El loco de Louisville' está loco por que se acabe la pelea.

El público, que ha coreado el nombre de Ali, no como se aclama, sino como se reza, asiste a

la falta de respeto que supone un desconocido de veintidós años desborde, después de tres cuartos de hora de pelea, al jefe de la lona y la resina. No se puede tratar así a las estatuas. Se oyen gritos de «¡Uruguay, Uruguay, Uruguay!».

Evangelista bufa, arremete, se juega la vida

a una contra. Tiene el rostro abultado y no se comprende, a pesar de la anchura de su tórax, que el corazón le quepa en el pecho. Cuando suena el último gong, todos sabemos que Muhammad Ali seguirá siendo el campeón mundial de los pesos pesados; pero también sa-

bemos que ha nacido una estrella de fulgor imprevisto y deslumbrante. Alfredo Evangelista acaba de entrar en la historia del boxeo.

De las burlas, a las veras

El match ha ido de lo ridículo a lo sublime, de lo grotesco a lo dramático. Cuando subió al ring el aspirante, con su bata verde, con sus calzonazos verdes, nadie daba nada por él. Ahora vale mucho. ¿Habrà que entonar el réquiem por la seriedad del boxeo? Desde el desfile de personajes hasta la música selvática, desde el smoking celeste y la camisa con chorreras del locutor

hasta la presencia, entre round y round, de unas morenas y unas rubias, todas hijas del pueblo de Washington, que mostraban cimbreándose el cartelito que indicaba el número del asalto, todo es circense. El boxeo es cada vez más un espectáculo, y el negocio se traga el deporte. Cuando subió Ali llevaba Evangelista mucho rato haciendo sombra entre el guirigay. Forma parte de la guerra psicológica esta espera. Ali llega, lo mira con una mezcla de desdén y de sorpresa, como diciéndole: «¿Qué haces tú aquí, muchacho?»; se va a su rincón, no saluda al público cuando se canta su nombre y ora



Alfredo Evangelista, sobre el cuadrilátero. SUR

Un buen periodista

ALFREDO EVANGELISTA
Exboxeador

Colaboración realizada
través del 'speaker' y redactor
de Aebox Nacho Gutiérrez

Conocí a Alcántara en el año 1975, en mis primeros comienzos aquí, en Madrid, boxeando. Él trabajaba en 'Marca' y era muy amigo de José Luis Herrero, el 'matchmaker' de Martín Berrocal. Alcántara siempre me atendió muy bien y siempre me escribió cosas muy bonitas que las tengo todos guardadas, recortes de periódico que conservo. Siempre estuve muy contento por la forma en que me trató. Era una persona sen-

cilla y muy maja. Me acuerdo de que era un tipo melancólico, un hombre que lo vivía.

Él siempre te hacía preguntas muy buenas y se notaba que le encantaba el boxeo. La vida del boxeo le encantaba y a mí, la verdad, siempre me hizo buenos reportajes y estoy contentísimo de ese trato. La verdad es que escribía muy bien, tenía una buena enseñanza de ser un buen periodista y conocía el que valía y el que no valía.